

Fragmento del discurso que el **Papa Benedicto XVI** pronunció el pasado viernes 25 de noviembre en la sede de Roma de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, y que define la **naturaleza de una Universidad Católica**.

Si la misión fundamental de toda Universidad es «la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad» (ibídem n. 30), una comunidad académica católica se distingue por la inspiración cristiana de los miembros y de la misma comunidad, por la luz de la fe que ilumina la reflexión, por la fidelidad al mensaje cristiano tal y como es presentado por la Iglesia, y por el compromiso institucional al servicio del pueblo de Dios (Cf. ibídem n. 13).

La Universidad católica es, por este motivo, un gran laboratorio en el que, según las diferentes disciplinas, se elaboran siempre nuevos caminos de investigación en un diálogo estimulante entre fe y razón que busca recuperar la síntesis armoniosa alcanzada por Tomás de Aquino y por los demás grandes pensadores cristianos, una síntesis que por desgracia es contestada por corrientes importantes de la filosofía moderna. La consecuencia de esta contestación ha sido la paulatina afirmación de manera cada vez más exclusiva del criterio de racionalidad a través del experimento. Las cuestiones fundamentales del hombre --cómo vivir y cómo morir-- parecen quedar excluidas del ámbito de la racionalidad y son confinadas en la esfera de la subjetividad. Como consecuencia, desaparece al final la cuestión que dio origen a la universidad --la cuestión de la verdad y del bien-- para ser sustituida por la cuestión de la factibilidad. Este es, por tanto, el gran desafío de las universidades católicas: la investigación científica, según el horizonte de una auténtica racionalidad, diferente a la que hoy ampliamente domina, según una razón abierta a la cuestión de la verdad y de los grandes valores inscritos en el mismo ser, abierta, por tanto, al trascendente, a Dios.

Sabemos que esto es posible precisamente a la luz de la revelación de Cristo, que unió en sí a Dios y al hombre, tiempo y eternidad, espíritu y materia. «En el principio existía la Palabra, el Logos, la razón creativa... Y el Verbo se hizo carne» (Juan 1,1.14). El «Logos» divino, la razón eterna, está en el origen del universo y, en Cristo, se unió de una vez para siempre a la humanidad, al mundo y a la historia. A la luz de esta verdad capital de la fe y al mismo tiempo de la razón, es posible, en el año 2000, conjugar fe y ciencia. Es decir, sobre esta base se desarrolla el trabajo cotidiano de una universidad católica. ¿No es una aventura entusiasmante? Sí lo es, pues al moverse dentro de este horizonte de sentido, se descubre la unidad intrínseca que une las diferentes ramas del saber: la teología, la filosofía, la medicina, la economía, toda disciplina, hasta las tecnologías más especializadas, pues todo está relacionado. Escoger la universidad católica significa escoger este planteamiento que, a pesar de los inevitables límites históricos, califica la cultura de Europa, a cuya conformación, y no es casualidad, las universidades nacidas históricamente «ex corde Ecclesiae» dieron una contribución fundamental.